

Raúl Ampuero: TENEMOS QUE SACUDIRNOS LA HIPOTECA MILITAR

CON una comisión investigadora de los Derechos Humanos, por primera vez actuando dentro del país, Chile, presenta caras contradictorias. Su comercio con España es crecido. Las inversiones españolas alcanzan cifras decisivas. Hay una clara disociación entre la actitud política —entre la que se alinea incluso UCD, además de todos los partidos de izquierda española— y el empresariado, representado, en parte, por la propia Unión de Centro Democrático. En el mes de noviembre se celebrará en Madrid la Conferencia Mundial de Solidaridad con Chile, con asistencia de figuras internacionales. El problema de Chile continúa latente.

Raúl Ampuero es un chileno de sesenta años, fundador, en 1934, de la Juventud Socialista, senador entre 1953 y 1969, secretario general del Partido Socialista entre 1946 y 1965. Exiliado en Italia, forma parte del Tribunal Russell II y actúa como profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Sassari. En 1967 se salió del PS, creando la Unión Socialista Popular —es, para entenderlo los españoles, un Tierno Galván chileno—, lo que no le evitó ser detenido a fines de septiembre de 1973, tras el golpe, permaneciendo preso varios meses en la base aérea de El Bosque (Santiago). En la actualidad su partido está en conversaciones con el PS chileno para una acción conjunta y una posible reintegración.

—¿Cómo se puede explicar la persistencia de la dictadura?

—Si la Junta Militar se mantiene, podemos atribuirlo a dos razones que, entre otras, me parecen fundamentales. En primer lugar, a la brutalidad de la represión inicial que desmanteló los mandos medios y superiores del movimiento popular. Y es una tarea larga reconstruir lo que fue producto de muchas décadas de lucha incesante. En segundo lugar, a la ausencia de una clara, tenaz y atrevida política de oposición, capaz de reagrupar a la gente dispuesta a combatir por la reconquista de la libertad.

—Sin embargo, tenemos la impresión que los partidos han reconstituido sus estructuras en el interior del país y en el exterior demuestran actividad...

—Sí, pero el problema de la carencia de una estrategia coherente subsiste. Los compañeros del interior están demasiado abrumados por las tareas prácticas, disponen de una información insuficiente y deben dedicar demasiado tiempo a las exigencias de la clandestinidad para que puedan elaborar una línea teórico-estratégica adecuada, eficaz y unitaria. O, al menos, ella sólo surgirá con mucha lentitud de una praxis prolongada y contradictoria. Los cuadros del exilio, por su parte, trasladaron al extranjero todas las debilidades y desconfianzas que tanto daño hicieron a la izquierda durante su gestión de Gobierno (comenzando por un sectarismo exacerbado), lo que ha impedido establecer un diálogo constructivo y creador entre los partidos. Me parece, además, que al trazar su política son poco sensibles a los profundos cambios (económicos, psicológicos, sociales) que se vienen operando en el Chile de los fascistas. Aunque comienza ahora a repararse un largo olvido del factor



Raúl Ampuero reletor en el Tribunal Russell II en Roma. "Soy un marxista independiente", declara.

militar, todavía no hay conciencia clara de que el retorno a la democracia pasa necesariamente por una crisis interna de las Fuerzas Armadas; crisis que, como ocurrió con las dictaduras portuguesa y griega, puede desencadenarse a partir de las dramáticas dificultades que enfrenta el país en el plano internacional, y particularmente en sus relaciones con los vecinos.

—A falta de esas crisis, ¿no sería una alianza de la izquierda con la Democracia Cristiana el medio más idóneo para desembarazarse de los militares?

—A primera vista, sí. La única dificultad —y no es pequeña— es que la DC rechaza todo compromiso con el conjunto de la izquierda y en especial con el PC, que paradójicamente es el más entusiasta propulsor de esta fórmula, de manera que puesto el entendimiento con la DC como condición o premisa esencial, las fuerzas populares se condenarían a la inacción, al inmo-

vilismo, como en los hechos viene ocurriendo desde el día del golpe. Conviene agregar que ninguna agrupación de izquierda se niega a una acción común, de alcances ilimitados, con toda la DC o con algún sector de ese partido para derribar a la Junta. Las contradicciones afloran cuando se pretende una alianza de Gobierno, estratégica, con la DC y las objeciones tienen ciertamente mucho peso...

—¿Cuáles son esas objeciones?

—Prescindiendo de la responsabilidad política y moral de la DC, cuya participación en el golpe —y su silencio durante la fase más terrible de la represión— constituye un hecho histórico, yo diría que obedecen a dos líneas de razonamiento. La primera parte del reconocimiento de la lucha antiimperialista como línea diversa entre las fuerzas populares y las fuerzas conservadoras, de modo que el "fascismo dependiente" de nuestros días

no sería más que una fase particular de esa histórica contienda. Esta concepción limita, necesariamente, en su naturaleza y en el tiempo cualquier acuerdo con la DC, puesto que ni sus exegetas más entusiastas desconocen los vínculos que unen al partido de Frei con los círculos dirigentes norteamericanos. Una segunda línea de reflexión se refiere al proyecto político concreto de la DC: es claro, aun para el observador más desprevenido, que ella busca constituirse en la supremía "administración del miedo", una vez caída la dictadura. Gran parte de la izquierda rechaza, fundamentalmente, tal alternativa.

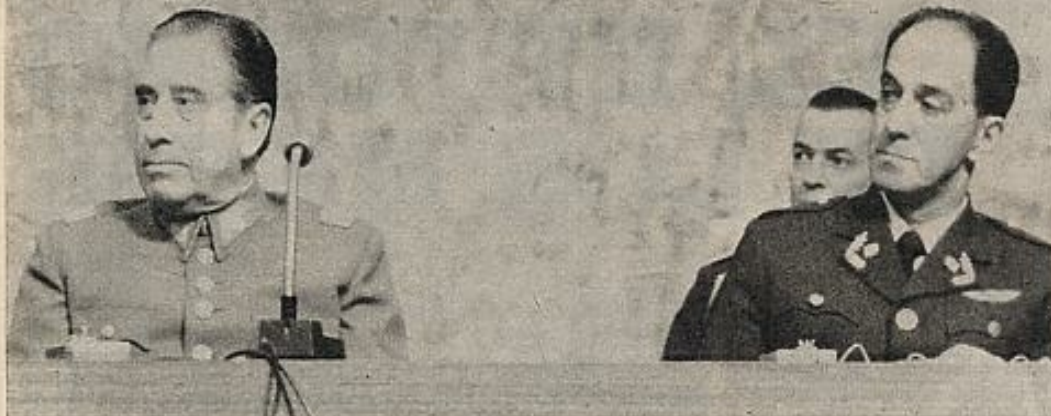
—¿Por qué "una gran parte de la izquierda"? ¿Hay también partidarios de esa propuesta?

—Creo que nadie la acepta explícitamente y en su integridad, pero no faltan los que se inclinan por la línea del "mal menor", en la esperanza de restaurar una democracia de corte liberal, más o menos como

la que tuvimos hasta mil novecientos setenta y tres. Bajo la inspiración de un supuesto realismo caen en la peor de las utopías, puesto que la fórmula DC gira en torno a un eje fundamental: consiste en otorgar a las Fuerzas Armadas, que ya conocemos, una suerte de hipoteca de la soberanía, en términos que el ejercicio democrático se volvería ilegítimo cada vez que amenazara el orden capitalista tradicional. Tal opción significaría perpetuar, con nuestro consentimiento, el objetivo que los militares se trazaron con la masacre de septiembre.

—¿Debemos concluir, entonces, que no hay ningún espacio para un entendimiento entre la DC y la izquierda?

—No exactamente. Lo que afirmo es que el deber político de la izquierda (es decir, las fuerzas que sostuvieron la experiencia del Gobierno Allende), su primera obligación es presentar su propio proyecto para Chile y buscar, después, las



"Todavía no hay conciencia —dice Ampuero—, de que el retorno a la democracia pasa, necesariamente, por una crisis interna de la Fuerzas Armadas". En la foto: Pinochet y Gustavo Leigh.

alianzas tácticas más amplias que sean posibles para apurar los días de la dictadura. Todas las fuerzas que participen en ese combate, aun sin acuerdo explícito, deberán conformar el Gobierno provisional. Con un cierto optimismo, hasta se podría pensar en un amplio pacto constitucional de las agrupaciones que se oponen a la dictadura, para garantizar un orden democrático verdadero, es decir, que deje abierta la posibilidad a una eventual evolución socialista del país si sus mayorías nacionales así lo quieren. Pero tal vez, con estas elucubraciones yo también comienzo a pisar los caminos de la utopía...

—En suma, ¿usted estima inseparables la lucha por la libertad democrática y la lucha por una sociedad socialista?

—No tanto como inseparables, si hablamos de objetivos políticos a corto plazo. Lo inmediato es devolver a los chilenos la libertad, tal como la entendemos según nuestra particular experiencia histórica. Es decir, no como un valor abstracto, sino con la facultad práctica de pensar, opinar y discutir sin coerciones, de ser informados de lo que

pasa en el mundo, de juzgar a los gobernantes, de exigir condiciones decorosas de remuneración y de trabajo, de asociarnos, en fin. Naturalmente, para quien conoce los mecanismos de funcionamiento de las sociedades modernas, un tal patrimonio democrático necesita sustentarse sobre una estructura socioeconómica e institucional adecuada, si no queremos verlo destruido como ocurrió en mil novecientos setenta y tres.

—Es decir, ¿una estructura socioeconómica socialista?

—Sí; me parece que la opción socialista es ya inevitable para una sociedad como la chilena. La solución de cualquiera de sus problemas fundamentales empuja en esa dirección: sacudir la hipoteca militar, impedir la interferencia de las multinacionales y de los servicios secretos extranjeros en nuestras determinaciones soberanas, reanimar una economía cercana al colapso, todo eso sólo se puede alcanzar en un nuevo tipo de sociedad. La persistencia del capitalismo significaría resignarnos al saqueo y a la servidumbre. Una nueva economía, programada igualitaria, es la

única fórmula que puede encontrar acogida en un pueblo expoliado hasta el extremo bajo la tiranía de Pinochet. En suma, del talento que ponga la izquierda en relación con el generalizado anhelo de libertad con una perspectiva socialista, depende la participación que tendrán los trabajadores en la solución de la crisis política que se abrirá con la caída del régimen militar.

—¿Por qué insiste en hablar de la "izquierda" y no de la Unidad Popular o de los partidos que la integran como protagonista del proceso?

—Porque pienso que fuera de la UP hay agrupaciones y militantes revolucionarios que cuentan en la lucha antifascista, y, además, porque estimo que la imagen de la UP como fórmula política, como estilo de conducción, como mando operativo se ha deteriorado notablemente a los ojos del pueblo. Con cierta lógica, la gente se pregunta si una dirección que no supo consolidar el proceso revolucionario cuando dispuso del poder será capaz de reanudar desde las catacumbas de la oposición. No se trata, por supuesto, de desandar el ca-

mino de unidad que tuvo la UP en una de sus etapas, sino de corregir drásticamente sus deficiencias, de agilizar su capacidad de decisión, de rejuvenecer sus cuadros, de asimilar las lecciones y los cambios operados desde el golpe, de sustituir unas relaciones internas de tipo parlamentario, en fin, por un funcionamiento apropiado a un comando que debe orientar a las masas en un momento histórico excepcional.

—Usted fue alto dirigente del PS. ¿Podría definir su posición actual y el papel que le asigna a su antiguo grupo político?

—Mi posición es simple: soy un marxista independiente. Sigo creyendo, no obstante, que sobre el PS chileno recae una responsabilidad singular. Si en el cuadro de la izquierda faltase una fuerza socialista de perfiles propios y peso determinante, habría que despedirse por muchos años de cualquier avance revolucionario. Al menos por dos veces en el último medio siglo el socialismo ha sido el factor decisivo en la reanimación histórica del movimiento popular, interrumpiendo profundos procesos de refluxo.

—¿Cuáles son sus temores?

—Mis dudas y temores se originan en consideraciones de naturaleza muy variada. Algunas de ellas han sido ya insinuadas, otras merecerían un comentario más detenido que el que nos permite este coloquio. Por ahora me limitaré a una sola reflexión (que no sólo vale para el PS) relativa a las condiciones en que se desarrolla el trabajo de la izquierda en estos días. En principio, tal vez el exilio debería enriquecer nuestra acción política: miles de cuadros han tomado contacto muy vivo con otras experiencias y con ambientes culturales más maduros. Pero este hecho tiene su reverso: tanto el estrecho contacto con sociedades y realidades diversas, como una inevitable dependencia de las distintas formas de solidaridad, terminan por condicionar la formación, el modo de pensar y la conducta de esos mismos cuadros. La emigración chilena debería hacer un esfuerzo supremo para sortear esas formas de alienación de sus capas dirigentes, estrechando sus lazos con el interior, entre las bases y el vértice, entre partidos y entre militantes.

—¿Qué papel jugará la Iglesia en el Chile de mañana?

—Soy un convencido de que la Iglesia católica puede y debe jugar un papel muy importante, a condición que rehúse constituirse en pura plataforma de masas de la DC. El pueblo católico ha revelado en estos años una sensibilidad social, un sentido de la solidaridad y una amplitud ideológica que no se encuentran en los círculos dirigentes de la DC, donde los estrechos cálculos de poder siguen primando sobre los principios cristianos. ■



Pinochet, tras su victoria en el referéndum organizado para buscar apoyo a la dictadura.